

SEGUNDO PERIODO GENERAL: LA IGLESIA PERSEGUIDA

DESDE LA MUERTE DE JUAN HASTA EL EDICTO DE CONSTANTINO (100 – 313)

CAUSAS DE LAS PERSECUCIONES IMPERIALES

El hecho más relevante en la historia de la iglesia en los siglos segundo y tercero fue la persecución que los emperadores romanos desplegaron contra el cristianismo. Aunque esta situación no fue continua, a menudo duraba varios años y propensa a que en cualquier momento estallara en formas terribles. **En el siglo cuarto se prolongó hasta 313 d.C., cuando el edicto de Constantino, el primer emperador cristiano, puso fin a todos los intentos de destruir la iglesia de Cristo.** Es sorprendente que **durante este período algunos de los mejores y más sabios emperadores eran los más activos en la persecución del cristianismo.** Sin embargo, la oposición de algunos de los peores emperadores era mínima o ninguna.

Investiguemos algunos de los motivos que obligaban al gobierno, generalmente justo y que procuraba el bienestar de sus ciudadanos, a intentar por espacio de doscientos años a extirpar un cuerpo tan recto, tan obediente a la ley y tan conveniente como los cristianos.

El paganismo acogía las nuevas formas y objetos de adoración, mientras que el cristianismo las excluía. Donde los dioses ya se contaban por cientos, aun por miles, un dios más no se destacaba en nada. **Cuando la gente de una ciudad o una provincia deseaban desarrollar el comercio o la inmigración, construía templos a los dioses que se adoraban en otros países para que los ciudadanos de esos otros países pudiesen tener un lugar de adoración.** Esto hacía que los comerciantes se sintieran como en su propio país. El cristianismo, en cambio, se oponía a toda adoración excepto a la de su propio Dios.

La adoración al emperador se tenía como una prueba de lealtad. **En algún lugar prominente de cada ciudad había una estatua del emperador reinante.** Ante dicha imagen se ofrecía incienso como a un dios. Tal parece que en una de las primeras epístolas de Pablo hay una referencia velada a esta forma de idolatría. Los cristianos se negaban a rendir esta adoración, aun cuando era muy sencillo arrojar un poco de incienso sobre el altar. **Debido a que cantaban himnos de alabanza y adoraban a "otro Rey, un tal Jesús", las multitudes los tenían por desleales y conspiradores de una revolución.**

De alguna manera, **se consideraba a la primera generación de cristianos relacionada con los judíos.** A pesar de que estos vivían separados de las costumbres idólatras y ni siquiera comían en las fiestas de los ídolos, **el gobierno reconocía al judaísmo como una religión permitida.** Esta aparente relación preservó a los cristianos por algún tiempo de la persecución. Sin embargo, **después de la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C., el cristianismo quedó solo sin leyes que protegiesen a sus seguidores del odio de sus enemigos.**

Las reuniones secretas de los cristianos despertaban sospechas. Se reunían antes de la salida del sol o en la noche, a menudo en cuevas o catacumbas subterráneas. Circulaban falsos rumores de ritos lascivos o criminales que se llevaban a cabo entre ellos.

Además, el gobierno autocrático del imperio sospechaba de todos los cultos o sociedades secretas, temiendo propósitos desleales. **La celebración de la Cena del Señor, de la cual se excluían a los extraños, a menudo era una causa de acusación y persecución.**

El cristianismo no hacía distinciones entre los hombres. Tampoco lo hacía entre sus miembros ni en el trabajo que realizaban. Incluso, un esclavo se podía elegir como obispo en la iglesia. Esto era una ignominia para los nobles, los filósofos y las clases gobernantes. A los cristianos se les consideraban como "igualitaristas", anarquistas y trastornadores del orden social. Es decir, enemigos del estado.

También los gobernantes perseguían a los cristianos bajo la influencia de individuos cuyos intereses financieros se afectaban con el progreso de la iglesia. Por ejemplo, entre estos había sacerdotes y sirvientes laicos de los templos de ídolos, **los que hacían imágenes, los escultores, arquitectos de templos y otros que se ganaban la vida mediante la adoración pagana. No era difícil elevar el grito de "Los cristianos a los leones", cuando los hombres veían sus artes o profesiones en peligro,** o cuando funcionarios codiciosos deseaban la propiedad de los cristianos ricos.

ÉPOCAS DE PERSECUCIÓN

Durante los siglos segundo y tercero, y sobre todo en los primeros años del siglo cuarto, hasta el año 313 d.C., la religión cristiana estaba prohibida y sus partidarios sufrían destierro. Sin embargo, la mayor parte del tiempo la espada de la persecución estaba envainada y **apenas molestaban a los discípulos en sus observancias religiosas.** Pero aun durante estos períodos de aparente calma cabía la posibilidad de un peligro repentino siempre que un gobernante creía conveniente ejecutar los edictos o cuando algún cristiano prominente daba su testimonio abiertamente y con valor.

Las persecuciones en el primer siglo, por Nerón (68) y Domiciano (90-95), fueron sencillamente explosiones de frenesí y odio, sin ningún motivo excepto la ira de un tirano. Se producían en forma esporádica y no se prolongaban mucho. Sin embargo, **desde el año 110 al 313 d.C., la iglesia estuvo sujeta a una serie sistemática e implacable de intentos gubernamentales puestos en práctica a través de todo el imperio para aplastar la fe siempre creciente.**

Desde el reinado de Trajano al de Antonino Pío (96-161), el cristianismo no se reconoció, aunque tampoco se persiguió severamente. Bajo los emperadores Nerva, Trajano, Adriano y Antonino Pío, quienes con Marco Aurelio se les conocieron como los "cinco buenos emperadores", **no se podía arrestar a ningún cristiano sin una querrela definida y comprobada.** El espíritu de la época era más bien **pasar por alto la religión cristiana.**

Con todo, cuando se formulaban cargos y los cristianos rehusaban retractarse, los gobernantes se veían obligados, aun en contra de su voluntad a poner en vigor la ley y ordenar su ejecución.

Algunos mártires prominentes de la fe durante estos reinados fueron:

Simeón (o Simón; Marcos 6:3), el sucesor de Santiago como cabeza u obispo de la iglesia en Jerusalén. Este también, como aquel, fue un hermano menor de nuestro Señor. Se dice que llegó a una edad avanzada. Lo crucificaron en 107 d.C. por orden del gobernador romano de Palestina, durante el reinado de Trajano.

Ignacio, obispo de Antioquía en Siria, estaba más que dispuesto a ser un mártir. En su camino a Roma escribió cartas a las iglesias esperando no perder el honor de morir por su Señor. Lo arrojaron a las fieras en el anfiteatro romano en 108 ó 110 d.C. Aunque la persecución durante estos reinados fue menos severa de la que se desató sobre la iglesia poco después, hubo muchos mártires además de estos dos hombres distinguidos.

El mejor de los emperadores romanos y uno de los más prominentes escritores de ética fue Marco Aurelio, quien reinó de 161 a 180 d.C. Su estatua ecuestre aún está en pie en el lugar de la antigua capital de Roma. Sin embargo, este buen hombre y recto gobernante, fue un encarnizado perseguidor de los cristianos. Procuró restaurar la antigua sencillez de la vida romana y con ella la religión antigua. Se oponía pues a los cristianos como innovadores. Muchos miles de creyentes en Cristo eran decapitados o devorados por las fieras hambrientas en la arena. Entre la multitud de mártires de estos años, solo mencionaremos dos.

Policarpo, obispo de Esmirna en Asia Menor, murió en 155 d.C. Cuando lo llevaron ante el gobernador y lo instaron a maldecir el nombre de Jesucristo, contestó: "**Ochenta y seis años le he servido y todo lo que me ha hecho es bien, ¿cómo podría maldecirle? ¡Mi Señor y Salvador!**" **Lo quemaron vivo en la hoguera.**

Justino Mártir fue un filósofo que continuó enseñando después de aceptar el cristianismo. Se trataba de uno de los hombres más capaces de su época y uno de los principales defensores de la fe. Sus libros, aún existentes, ofrecen mucha valiosa información acerca de la iglesia a mediados del segundo siglo. Su martirio ocurrió en Roma en 166 d.C.

Después de la muerte de Marco Aurelio, 180 d.C., siguió un período de confusión. Los débiles e indignos emperadores se ocupaban tanto de las guerras civiles o de sus propios placeres, que no prestaban mucha atención a los cristianos. Sin embargo, Septimio Severo empezó en 202 d. C. una terrible persecución que duró hasta su muerte en 211 d.C. Severo tenía una naturaleza morbosa y melancólica. Fue muy riguroso en administrar disciplina y procuraba en vano restaurar las decadentes religiones de otros tiempos. **En todas partes, la persecución contra la iglesia hacía estragos, pero era más severa en Egipto y en el norte de África.** Tan cruel era el espíritu del emperador Septimio Severo, que muchos escritores cristianos lo consideraron el anticristo.

Bajo los numerosos emperadores que siguieron en rápida sucesión, **la iglesia quedó en el olvido durante cuarenta años. En todo el imperio, el emperador Caracalla (211-217) confirmó la ciudadanía a cada persona que no fuera esclava.** Por cierto, un beneficio para los cristianos, pues **ya no podían crucificarlos ni arrojarlos a las fieras, a no ser que**

fuesen esclavos. Pero, con el reinado de Decio (249-251), se volvió a desatar una terrible persecución. Por fortuna, su reinado fue muy corto y con su fallecimiento cesó por un tiempo el aniquilamiento de cristianos.

Después de la muerte de Decio, siguieron más de cincuenta años de relativa calma, aunque a veces había breves períodos de persecución. En una de esas épocas, en 257 d.C. y bajo Valeriano, murió el célebre Cipriano, obispo de Cartago y uno de los grandes escritores y líderes de la iglesia en ese período, así como el obispo romano Sexto.

La última y más sistemática y terrible de todas las persecuciones fue durante el reinado de Diocleciano y sus sucesores, de 303 a 310 d.C. En una serie de edictos se ordenó: quemar cada ejemplar de la Biblia, derribar las iglesias levantadas por todo el imperio durante el medio siglo de relativa calma, quitar la ciudadanía a quienes no renunciasen a su religión cristiana y dejada sin la protección de la ley. En algunos lugares reunían a los cristianos en sus templos y los incendiaban. Así perecían los creyentes dentro de sus paredes. Se dice que el emperador Diocleciano erigió un monumento con la inscripción: "En honor de la exterminación de la superstición cristiana.". (Esta declaración, aunque hecha por muchos historiadores, descansa sobre evidencias inciertas y quizá no sea auténtica)

Sin embargo, veinticinco años después el cristianismo se convirtió en la religión oficial del emperador, de la corte y del imperio. Diocleciano abdicó al trono imperial en 305 d.C., pero sus subordinados y sucesores, Galerio y Constancio, siguieron la persecución durante seis años. Constantino, el hijo de Constancio, como coemperador y quien para ese tiempo no profesaba ser cristiano, expidió su memorable Edicto de Tolerancia en 313 d.C. Por esta ley se aprobó el cristianismo, su adoración se legalizó y toda persecución cesó para no volverse a renovar mientras duró el Imperio Romano.